

orillas desconocidas, encontró allí criaturas humanas de talla excesivamente pequeña. Habiéndose él dormido, algunos millares de estas especies de hormigas humanas intentaron agarrotarle, pero sus cuerdas eran un hilo muy delicado, y sus estacas briznas de yerba, por lo cual, al despertarse el capitán, rompió enseguida estas ligaduras, sacudiendo á la muchedumbre, que había subido sobre su cuerpo, y su menor gesto hubiese ocasionado la muerte de centenares de ellas. Pues bien, ¿ qué son todos los hombres comparados con Jesucristo? Tomad á los más poderosos, al emperador de todas las Alemanias y al czar de todas las Rusias, ¿ qué son, repito? ménos que hormigas, ménos que el más despreciable insecto, Jesucristo aparenta dormir y dejarlos obrar, y durante este tiempo, entregados á consejeros perversos, procuran tal vez encadenar á Jesucristo y agarrotar su Iglesia. ¡ Insensatos! Él va á despertarse, y en los decretos de su adorable providencia, vuestra última hora no tardará en llegar!...

Sí, amados cristianos; los días, que atravesamos, son días de prueba; Pio IX prisionero; Italia entregada al poder de algunos centenares de sectarios; España, juguete de unos cuantos revolucionarios; Suiza, gobernada por algunos miserables, que la arrastran á su ruina; Alemania, persiguiendo á la Iglesia con un furor, que recuerda el de Lutero, y Francia vacilante é insegura de su porvenir! Pobres naciones!... Casi en todas partes levantan su cabeza insolente el error, las falsas doctrinas y la revolución; la verdad es burlada y la santidad perseguida; ¡ qué situación tan triste y angustiosa! Pues bien; en medio de esta terrible tempestad, no lo dudeis, Cristo triunfará. De la misma manera que los Apóstoles, en el día de la sepultura de su Maestro dirigian miradas de amor y de esperanza hácia este santo Monte, en donde reposaba Jesús en su sepulcro, esperando que los libertase; así, nosotros, cristianos, levantemos nuestros ojos hacia el cielo, y de allí vendrá también nuestro socorro¹. No faltará, estad seguros de ello; puede hacerse esperar, pero luego la

1. Ps. cxx.

mano de Cristo, cuya gloriosa Resurrección celebramos, castigará á los perseguidores y devolverá la paz á su Iglesia. En cuanto á nosotros, hermanos míos, adelantemos con nuestros ruegos el momento de nuestra libertad; demostremos con nuestras oraciones y actos que somos cristianos fieles y fervientes, y sea cual fuere la suerte que nos esté reservada acá en la tierra, tendrémos siempre la dicha de ir á la patria de los bienaventurados á contemplar á Jesucristo, vencedor y reinando durante la eternidad... Amen.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE CUASIMODO.

(JUAN, XX, 19-30)

Bondad de Jesús para con santo Tomás; agradecimiento y fidelidad de este Apóstol.

TEXTO. ¡ *Dominus meus et Deus meus.* !

EXORDIO. Hermanos míos, por la tarde del mismo día de la Resurrección, los Apóstoles, congregados para una modesta comida, habían cerrado cuidadosamente las puertas por miedo á los Judíos. De repente Jesús, que desde la mañana se había aparecido ya cuatro veces, entró donde ellos se encontraban. En medio de su asombro y sorpresa, creyeron ver un espíritu, pero, para tranquilizarles, les dijo el divino Maestro: « La paz sea con vosotros », y mientras hablaba, les mostró sus manos, sus piés y la llaga, que la lanza había abierto en su costado. Se alegraron mucho los discípulos, al ver nuevamente al Señor. — Les dijo por segunda vez: « La paz sea con vosotros! » Como me envió el Padre, así también os envío á vosotros. — Y al decir esto, sopló sobre ellos y añadió: « Recibid el Espíritu Santo; á los que perdo-

nareis los pecados, les serán perdonados, á quienes los retuviere, les serán retenidos. » Pero Tomás, uno de los doce Apóstoles, no estaba con ellos, cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos : « Hemos visto al Señor ! » — Y Tomás les respondió : « Si no viere con mis ojos las llagas de las manos, y metiere en mi dedo en el agujero de los clavos, y mi mano en su costado abierto, no lo creeré ! » Y pasados ocho días, estaban otra vez los discípulos dentro de la misma casa y con ellos Tomás : Estando las puertas cerradas, entró Jesús. De pié en medio de ellos, les dijo : « La paz sea con vosotros ! » Despues dirigiéndose á Tomás, le dijo : Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, acerca la tuya y métela en mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel. » — ¡ Mi Señor y mi Dios ! exclamó el Apóstol. Jesús le contestó : « Porque me viste, Tomás, has creído, pero bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron !... »

¡ Quién no admiraría aqui, hermanos míos, la condescendencia y bondad del Salvador !... Había hecho anunciar á sus Apóstoles, que le verían en Galilea ; pero su ternura para con ellos no le permite dejarlos más largo tiempo en la expectacion. Desde la primera tarde se les aparece, y ocho días despues, se digna aun mostrárseles de nuevo, para sanar á uno de entre ellos de su incredulidad !

PROPOSICIÓN. Quiero, hermanos míos, á propósito de este relato Evangélico, recordaros que Jesucristo, al perdonarnos nuestros pecados y admitirnos á la comunión pascual, ha usado para con nosotros de esta misma bondad, de que hizo prueba para con santo Tomás ; y deciros que, como este Apóstol, debemos mostrarnos en adelante fieles, y perseverar en nuestras buenas resoluciones.

DIVISIÓN. — *Primeramente* : Condescendencia de nuestro divino Salvador con respecto á santo Tomás, imágen de la que ha usado para con nosotros ; *segundo* : fidelidad inviolable de este santo Apóstol, modelo de aquella, con que debemos en lo sucesivo servir á Dios. Dos pensamientos, sobre los cuales haré algunas breves reflexiones.

Primera parte. Sin duda alguna, hermanos míos, Dios tenía sus designios, al permitir que uno de sus Apóstoles, compañero durante tan largo tiempo de las empresas sagradas de nuestro divino Salvador, oyente asiduo de sus enseñanzas, y testigo de tantos prodigios, como le había visto obrar, dudase de la verdad de su Resurrección. Quería con eso afirmar de una manera irquebrantable la verdad de este misterio, el cual es, en cierto modo, la base y el fundamento de nuestra santa religión... Si, dice San Gregorio, la duda de Santo Tomás ha confirmado más la certeza de la Resurrección, que la firme creencia de Santa María Magdalena, ó de los otros Apóstoles. Así es que muchas veces Dios sabe sacar el bien del mal, y lo dispone todo segun los designios de su adorable Providencia.

Pero no es ménos verdadero, que en esta circunstancia santo Tomás fué culpable... Cómo ? este Apóstol, tan afecto á su Maestro, que algunos días ántes de la Pasión decía á aquellos, que estaban inciertos sobre seguir al Salvador hacia Jerusalem : *Vamos, sigámosle y muramos con él, si es menester* : este Apóstol, que había visto á Jesús resucitar á Lázaro, no cree, que Él haya podido resucitarse á sí mismo. ¡ Oh Tomás, cuánto habeis cambiado !... Lázaro olía ya mal, cuando vuestro Maestro le mandó salir de su sepulcro ; le visteis con vuestros propios ojos reanimarse milagrosamente ; quizás seais vos quien levantó el sudario y desató las ligaduras que le ataban ! ¿ Y no creéis, que este Jesús, cuyo divino poder habeis visto, pueda hacer uso de él para sí mismo ?... Vamos ! No comprendo ya vuestra incredulidad ! En vano San Pedro y los otros Apóstoles le afirman el hecho con razones y pruebas ; él continua siempre terco y obstinado... « Diréis lo que querais, no creo en ello, será menester para convencerme, que le vea, que me hable, que toque y palpe sus llagas ! » — Qué terquedad, qué pretension orgullosa !

O María, comprendo vuestro silencio ; este Apóstol no habría creído tempoco en vuestra palabra, la habría menospreciado sin duda, así como la de los otros, y siempre misericordiosa, no queríais agravar su falta !... Jesús compasivo con este discípulo in-

crédulo, se digna satisfacer sus exigencias, y no sólo le perdona, sino que le convierte.

Amados hermanos míos, no nos apresuremos á censurar á este Apóstol; no, reflexionemos seriamente, y verémos en la situación de Santo Tomás una imágen, aunque pequeña, del estado, en que estábamos nosotros mismos antes de nuestra última confesión. Ya fuese la incredulidad, orgullo, avaricia, impureza ú otro defecto el que nos dominara, no éramos ya discípulos fieles de Jesucristo, y más tiempo que el Apóstol hemos permanecido en estado de pecado. La voz de nuestra conciencia, las frecuentes instrucciones, que oíamos, nos obligaban á salir de este estado; y lo mismo que para el Apóstol, ha sido casi preciso un milagro palpable, para sacarnos de tan triste situación!...

Pues bien, este prodigio lo ha hecho Dios; Jesucristo ha usado de esta bondad, de esta condescendencia para con nosotros, y si estamos sinceramente convertidos, si sacudiendo las cadenas del pecado, hemos vuelto al estado de gracia, ¿quién ha obrado en nosotros semejante maravilla?... — ¿El predicador que nos ha instruido? — Pero el predicador no es más que un instrumento. — ¿Las oraciones, que hemos hecho? Sin duda ha podido Dios escucharlas, pero hechas en estado de pecado, su eficacia no llegaba á tanto. — ¿Las frecuentes invitaciones de algun pariente, de algun amigo interesado por la salvación de nuestra alma? — No, amados Cristianos, no pueden ser tan eficaces... Solo Jesucristo nos ha sanado. Nuestro regreso hácia Él es una obra de su diestra! ¡Oh, adorable Salvador, bendito seais! ¡Y que despues de habernos perdonado tan misericordiosamente nuestras faltas, hayais prolongado vuestra condescendencia, no sólo hasta hacernos tocar vuestras sagradas llagas, si que tambien hasta darnos el sacramento de vuestro amor! ¡Oh, cómo podremos demostrarnos dignamente nuestro agradecimiento!

Segunda parte. Santo Tomás, hermanos míos, puede aquí servirnos de modelo, y enseñarnos por su fidelidad, de que manera debemos mostrarnos agradecidos... Ved desde luego con que prontitud se arrodilla á los piés de su buen Maestro. Apenas le ha de-

jado Jesús tocar sus llagas, cuando cae á sus piés, y exclama: *Sóis mi Señor y mi Dios!* Parece que Jesucristo no le exigía tanto; pero loco de amor, al ver la dulzura é inefable complacencia de su buen Maestro, no puede retener los sentimientos que le animan y se arrodilla para adorarle: « No, no sois solamente mi Señor, sino tambien mi Dios. » Admirable reparación de su falta!. ¡Oh santo Apóstol, si nos ha sorprendido vuestra incredulidad, nos encanta vuestra humildad y fé viva, enérgica y sincera.

Tales han debido ser, amados cristianos, nuestros sentimientos, cuando hemos tenido la dicha de ser reconciliados con Dios, cuando hemos recibido el perdon, y cuando, despues de numerosas infidelidades, hemos oido pronunciar sobre nuestra pobre alma estas palabras: « Te absuelvo: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... » Al retirarnos del sagrado tribunal, en donde acababa Jesús de restituirnos su amistad, ¿acaso nuestras almas conmovidas no han sentido brotar en éllas estas dos palabras tan dulces: *Mi Señor y mi Dios?* ¿No nos hemos arrodillado, para dar gracias y adorar al Maestro tan bueno y misericordioso para con nosotros? Y cuando hemos tenido la dicha de recibirle en el altar, y penetrando Él en nuestros corazones, ha querido darnos una prueba infalible de su reconciliación con nosotros, ¡cuán dulces han debido ser los sentimientos, que inundaban nuestras almas!...

Pero consideremos de que manera Santo Tomás supo reparar por toda su vida esa falta de su incredulidad. Celoso por la gloria de su Maestro, le consagró su vida entera. Apenas han pasado las fiestas de Pentecostes, poco tiempo despues de la descension del Espíritu santo, parte á las regiones casi ignotas del Oriente. ¡Oh reyes Magos, que habeis venido en otro tiempo á adorar á Jesucristo á Belen, he aqui otro astro, que Dios os envía. Santo Tomás los bautiza y asocia á su apostolado. Despues internándose en las regiones más remotas de la India, evangeliza reinos enteros. Completamente fatigado y sin poder apenas tenerse en pié, su celo le impulsaba á emprender nuevas conquistas por la fé, cuando los infieles, enfurecidos por los progresos, que hacía el

Evangelio, le mataron á lanzadas¹. Glorioso Apóstol, ¡ojalá podamos nosotros, imitando vuestro ejemplo, consagrar fielmente los días, que nos quedan de vida, al servicio del Señor! ¡Que sea así, hermanos míos; que no seamos ya testigos de un espectáculo, que cada año viene á entristecernos! En Pascua ¡se convierte uno, velando sobre sí mismo por algunos días, pasados los cuales, vuelve á tomar sus antiguas costumbres, entregándose á los mismos desórdenes. Esto es, para servirme de las expresiones enérgicas de la Escritura, el *perro que vuelve á su vómito, el cerdo que se revuelca de nuevo en el cieno.*

« Se hace penitencia, dice un Padre, y en seguida se arrepiente uno de élla. » Había uno por su conversión parecido decir á Dios: « Señor, dignaos perdonarme, me propongo firmemente no ofenderos ya más. » Apenas han transcurrido algunas semanas se dirige el mismo á Satanás, pareciendo decirle: « Perdóname ¡oh Lucifer! mi arrepentimiento. Sí, el servirte á tí vale más que servir á Dios, lo reconozco; por eso estoy nuevamente á tu disposición. *Et sic diabolus per aliam pœnitentiæ pœnitentiam satisfacit*². Desdichados de nosotros! cuando habíamos vuelto á Dios, habíamos proporcionado una gran alegría al cielo; y ahora nuestra recaída la recibe el infierno, y á los condenados les proporcionamos la ocasión de hacer burla y menosprecio de nuestro dulce Salvador. Amados hermanos míos, que no sea ya así. Como santo Tomás hemos dicho á Jesucristo: « *Sois mi Señor y mi Dios;* » permanezcamos, pues, como él, fieles á nuestra palabra... No exige Jesucristo, que vayamos á evangelizar países salvajes, ni derramar nuestra sangre sobre arenas lejanas; no, quiere solamente que huyamos de las ocasiones peligrosas, que combatamos nuestras malas costumbres, y que cumplamos fielmente con los deberes propios de nuestra condición. ¿ Es mucho esto? Responded vosotros mismos!

PERORACIÓN. Los dos discípulos, que hicieron con Jesús resu-

1. *In vita ejus.*

2. Tert., *De anima.*

citado, sin reconocerle, el viaje de Jerusalem á Emmaus, quisieron detenerle. « *Permaneced con nosotros, Señor,* dijeronle, *pues se hace tarde.* » Esta súplica la repite muchas veces la Iglesia durante el tiempo pascual. Y, en efecto, amados cristianos, ¿ no es, élla en cierto modo, como un resumen de todas las instrucciones, que hemos oído durante la Cuaresma? ¿ No es el resumen y la continuación necesaria de la Comunión pascual? ¿ Cuál era el objeto ó fin principal de todas las enseñanzas, que nos han dado? ¿ No era el de unirnos á Dios, y obligarnos á hacer todos nuestros esfuerzos, para volver á entrar en gracia con él, obligándole, por decirlo así, á que viviese con nosotros? Y hasta Él mismo, ¿ qué deseaba, al darse á nosotros tan generosamente en el altar? Oh Bondadoso Salvador, vuestra intención no fué solamente unirnos á nuestros cuerpos, por algunos instantes, sino que queríais morar y vivir con nosotros, por efecto de vuestra gracia, durante todos los días de nuestra vida...

¡ Oh, vivid con nosotros, Señor... *Mane nobiscum, Domine.* Vivid, por que se hace tarde; nuestra vida toca quizás á su término; los días son malos, las tentaciones fuertes, las pasiones ardientes y las ocasiones terribles. Sin Vos, que sois nuestra fortaleza y nuestra luz, qué sería de nosotros? Estaríamos envueltos en tinieblas, y nuestros pasos vacilantes é inseguros no podrían seguir largo tiempo esta vía bendita, á la cual nos ha conducido vuestra gracia. Sí, se hace tarde, vivid con nosotros, os lo suplicamos!... Somos, ó bondadoso Jesús, el patriarca Jacob, cuando iba á emprender aquel largo viaje, que debía conducirle á Mesopotamia, el cual estaba tembloroso y vacilant; pero le tranquilizasteis diciéndole: « *No temas, yo estoy contigo.* Estad tambien con nosotros. Espantados al pensar en nuestras debilidades y recordar nuestras pasadas recaídas, no nos atrevemos sin vuestro auxilio á confiar en nuestra perseverancia... ¡ Oh, vivid con nosotros para ayudarnos, iluminarnos y animarnos en medio de los peligros y acechanzas de esta vida. *Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit...* Así sea.